

CONTESTACIÓN
de
DON JESÚS ANTONIO COVA

Honorables Académicos:

Con verdadero júbilo vengo a cumplir el grato encargo con que me habéis honrado: dar la bienvenida, en nombre de la Academia, al doctor Ambrosio Perera, en este acto solemne de su incorporación, como Individuo de Número de nuestra Institución.

El doctor Perera, hombre docto en ciencias y letras, viene a ocupar entre nosotros el sillón que ilustró el proteico y fuerte espíritu de don Rufino Blanco Fombona, verdadero artista y gladiador de la palabra, cuya obra intelectual tiene los mismos contornos del dios griego cantado en las Geórgicas y bajo cuya advocación aquel desterrado de los pórticos de Atenas, que fue el maestro José Enrique Rodó, iba a urdir sus más bellos y sugestivos "Motivos".

Proteico en efecto fue don Rufino Blanco Fombona en su vida y en su obra y me place que el Dr. Perera confirme en su discurso "que fue don Rufino Blanco Fombona quien hizo valorar al Libertador en los círculos culturales del Viejo Mundo y que nadie como él ha hecho entre nosotros, obra bolivariana...". Yo, señores Académicos, ante vosotros mismos había sustentado la misma opinión, cuando al hacer el elogio del gran escritor desaparecido le consagré estas frases que consideré entonces justas y honradas: "...Ninguno como Blanco Fombona, en libros, tribunas, revistas y periódicos, entre los escritores venezolanos de todos los tiempos, contribuyó a troquelar definitivamente en la Historia Universal el genio del Libertador. Bolívar fue el culto de su vida; le estudió y le juzgó en todos sus aspectos y tengo para mí que él ha sido ciertamente —es hora de gritarlo a la conciencia honrada de Venezuela— el más grande artífice de su gloria. Ni el mármol de Tenerani, ni el perfil de David, ni el bronce heroico de Tadollini, que en la plaza Mayor de Caracas parece que galopara hacia los cielos, tienen los contornos monumentales de la estatua definitiva que con su pluma levantó don Rufino Blanco Fombona, al caraqueño inmortal...".

Me place pues constatar, una vez más, que la justicia de los hombres no siempre es tortuosa y acomodaticia, y que algunas veces suele erguirse radiante como en las palabras del meduloso discurso del docto Académico, que hoy, con paso firme, entra a nuestra Casa.

Médico y cultor de una mansa filosofía espiritualista, que recuerda en muchos aspectos la de aquel sabio humilde y limpio de corazón que fue José Gregorio Hernández, el doctor Perera como galeno y como historiador es hombre de fe religiosa incommovible, y está seguro de esa fe, porque él también, como nuestro gran Cecilio, jamás la ha visto naufragar en los mares tormentosos de la duda. Él no ha sentido felizmente gravitar en su conciencia aquel terrible "ir y venir" que atormentó en su celda de Florencia a Fray Jerónimo de Savonarola; "ir y venir" inquietante, torturador, que finalmente, tras ruda lucha espiritual, hizo colgar en los muros de San Sulpicio la impecable sotana del manso y sonriente esteta de la "Vida de Jesús" que fue Ernesto Renán. Para el doctor Ambrosio Perera, como escritor y como hombre, la gracia del "doctor Angélico" abre sus alas sobre él todos los días, como la paloma simbólica del Espíritu Santo abre las suyas en este áureo pulpito universitario sobre la frente señera de Santo Tomás de Aquino.

Viene el doctor Ambrosio Perera a nuestra Academia de la Historia con los merecimientos del investigador que ha realizado obra dilatada y fecunda. Amigo de hurgar en los orígenes que determinaron la formación de la nacionalidad y de la patria, a esa labor se ha consagrado con patriotismo y buena fe, y fruto de ese noble empeño es su magnífico ensayo, *Historia Orgánica de Venezuela*, donde estudia con claridad de juicio los elementos de los diversos organismos institucionales de la República.

Además, ya con anterioridad, el doctor Perera había publicado: *Historial Genealógico de Familias Caroreñas; Historia de la Fundación de Carora; Biografía del General Jacinto Lara* y una serie de monografías sobre hechos y personajes de la historia nacional.

Médico, y no diletante en su profesión, sino galeno activo, militante, todos los días rinde el doctor Perera una labor profesional en contacto directo con nuestras clases menesterosas, lo que le ha llevado a descubrir en sus diarias actividades al servicio del Seguro Social, toda la miseria que nuestro pueblo esconde bajo los puentes de Caracas y las vertientes del Ávila. Es el mismo cuadro universal, no de ahora, sino de todos los tiempos, que nuestros grandes pintores Cristóbal Rojas y Arturo Michelena immortalizaron en lienzos maravillosos. Esa miseria de nuestro pueblo flotando en medio de las riquezas nacionales hace evocar el mismo angustioso símil de los margariteños en su bella isla legendaria en medio del océano:

"¡el agua los circunda, y piden agua...!".

En medio de su actividad profesional el doctor Perera sabe distribuir el tiempo para poder dedicarse con amor y entusiasmo a las pacientes investigaciones históricas y genealógicas. Esa laboriosidad hace pensar en aquellos monjes benedictinos de Monte Casino, que en el siglo VI, en el apacible silencio de las celdas, entre carcomidos y empolvados infolios salvaban para la humanidad todo el patrimonio que como herencia preciosa dejó el mundo antiguo para regalo y deleite del mundo moderno.

Comparto igualmente con el recipiendario, los conceptos justos que sobre España consigna en su hermoso discurso. Ya es tiempo de arrinconar de una vez y para siempre, esa "leyenda negra" que sobre España urdió la mala fe. Yo soy de los que afirman que nunca hubo en América "noche de la Colonia..." Y no pudo haberla cuando en pleno siglo XVI el español Francisco de Vitoria, formulaba contra su propio país esta categórica afirmación: "América ni por ocupación, ni por conquista, ni por tratados, puede ser adquirida por España, y no es por tanto susceptible de ocupación por potestades extrañas..." Esa declaración se adelantaba tres siglos a la fórmula del Presidente Monroe y a la del propio Libertador en el Congreso de Panamá.

No solamente fueron los españoles los conquistadores del Nuevo Mundo, sino también sus primeros civilizadores. Ellos construyeron las primeras ciudades, abrieron las primeras iglesias, escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías y antes de que en Nueva Inglaterra hubiese un verdadero periódico ya ellos habían impreso uno en México, y en el siglo XVI. Los primeros maestros españoles aleccionaban en lengua y religión a mil indígenas por cada uno de los que en Norte América enseñaban los ingleses. En América Española había escuelas para indios desde 1524. Un siglo antes de que hubiese una imprenta en la América Inglesa, se habían impreso en la ciudad de México infinidad de libros en doce diferentes dialectos indios y tres universidades españolas tenían más de un siglo de existencia cuando se fundó la de Harvard, la primera establecida en la gran Democracia del Norte.

A los propagadores de la "leyenda negra" de España, a los sistemáticos detractores de la gran obra civilizadora de España en América, habría que grabarles en la conciencia estas frases magníficas de nuestro Juan Vicente González.

"La América tuvo virreyes probos que fueron a mendigar a España, después de haber mandado sobre opulentos pueblos; Gobernadores bondadosos que tomaron el partido de las Colonias contra el gobierno de las Indias; Oidores incorruptibles que honraron la magistratura y prelados sabios y virtuosos cuya memoria debe florecer entre nosotros..."

Honorables Académicos:

A nombre de nuestra Institución saludo cordialmente al doctor Ambrosio Perera, al incorporarse a nuestra mesa de trabajo. La unanimidad que hubo en su elección, es prenda segura de que habrá de seguir siendo en la Academia el mismo gran trabajador que aportará a nuestras deliberaciones, la claridad de su talento y la rectitud de su conciencia.

Bienvenido sea el sucesor de don Rufino Blanco Fombona en la Academia Nacional de la Historia.